

Nos mentimos continuamente.

Sé muy bien, por ejemplo, que no soy guapa. No tengo unos ojos azules en los que los hombres se contemplan, en los que desean sumergirse para que te lances a salvarlos. No tengo talla de modelo; soy más bien tía buena, tirando a rolliza. De las que ocupan un asiento y medio. Tengo un cuerpo que los brazos de un hombre de tamaño medio no pueden rodear entero. No poseo la gracia de esas mujeres a las que susurran largas frases acompañadas de suspiros a modo de puntuación, no. Yo provocho más bien la frase breve. La fórmula cruda. El hueso del deseo, sin chicha; sin la grasa confortable.

Todo eso lo sé.

Y aun así, antes de que Jo llegue a casa, a veces subo a nuestra habitación y me planto delante del espejo del armario..., por cierto, tengo que recordarle que lo fije a la pared, si no, el día menos pensado se me vendrá encima durante mi «contemplación».

Una vez allí, cierro los ojos y me desnudo despacio, como nadie me ha desnudado jamás. Siempre siento un

poco de frío; me estremezco. Cuando estoy completamente desnuda, espero un poco antes de abrir los ojos. Saboreo. Vagabundeo. Sueño. Imagino los cuerpos conmovedores, languidecientes, de los libros de pintura que había en casa de mis padres; y años después, los cuerpos más crudos de las revistas.

Luego levanto despacio los párpados, como a cámara lenta.

Miro mi cuerpo, mis ojos negros, mis pechos pequeños, mis michelines y mi bosque de vello oscuro y me veo guapa, y os juro que en ese instante soy guapa, incluso muy guapa.

Esa belleza me hace profundamente feliz. Enormemente fuerte.

Me hace olvidar las cosas feas. La mercería un poco aburrida. Las conversaciones superfluas y la Loto de Danièle y Françoise, las gemelas de la peluquería y centro de estética que está al lado de la mercería. Esa belleza me hace olvidar las cosas inmóviles. Como una vida sin aventuras. Como esta ciudad espantosa, sin aeropuerto; esta ciudad gris de la que no se puede huir y a la que jamás llega nadie, ningún ladrón de corazones, ningún caballero blanco montado en un caballo blanco.

Arras. 42.000 habitantes, 4 hipermercados, 11 supermercados, 4 fast-foods, unas cuantas calles medievales, una placa en la calle Miroir-de-Venise que informa a los transeúntes y a los olvidadizos de que allí nació el popular policía Eugène-François Vidocq el 24 de julio de 1775. Y mi mercería.

Desnuda, tan guapa frente al espejo, tengo la impresión de que me bastaría mover los brazos para echar a

volar, ligera, graciosa; para que mi cuerpo se uniera a los de los libros de arte que había en la casa de mi infancia. Sería entonces, definitivamente, tan hermoso como ellos.

Pero nunca me atrevo.

El ruido de Jo, abajo, siempre me sorprende. Un crujido en la seda de mi sueño. Me visto de prisa y corriendo. La sombra cubre la claridad de mi piel. Yo sé que hay una belleza rara bajo mi ropa. Pero Jo nunca la ve.

Una vez me dijo que era guapa. Hace más de veinte años y yo tenía algo más de veinte años. Iba preciosa, con un vestido azul, un cinturón dorado, un falso aire de Dior; quería acostarse conmigo. Su cumplido pudo más que mi precioso vestido.

Ya lo veis, nos mentimos continuamente.

Porque el amor no resistiría la verdad.



Jo es Jocelyn. Mi marido desde hace veintiún años.

Se parece a Venantino Venantini, el guaperas que hacía el papel de Mickey en *El hombre del Cadillac* y el de Pascal en *Gánsteres a la fuerza*. Mandíbula rotunda, mirada sombría, acento italiano de ese que encandila, sol, piel dorada, voz arrulladora que eriza la piel a las jovencitas, con la salvedad de que mi Jocelyno Jocelyni pesa diez kilos más y su acento dista mucho de hacer perder la cabeza a las chicas.

Trabaja en Häagen-Dazs desde que abrieron la fábrica en 1990. Gana dos mil cuatrocientos euros al mes. Sueña con un televisor de pantalla plana para sustituir nuestro viejo aparato Radiola. Con un Porsche Cayenne. Con una chimenea en el salón. Con la colección completa de películas de James Bond en DVD. Con un cronógrafo Seiko. Y con una mujer más guapa y más joven que yo; pero eso no me lo dice.

Tenemos dos hijos. Tres, en realidad. Un chico, una chica y un cadáver.

Román fue concebido la noche que Jo me dijo que me encontraba guapa y que esa mentira me hizo perder la cabeza, la ropa y la virginidad. Había una posibilidad entre miles de que me quedara embarazada la primera vez y me tocó. Nadine llegó dos años después y a partir de entonces nunca más recuperé mi peso ideal. Conservé el mismo volumen, como una especie de mujer embarazada vacía, como un globo lleno de nada.

Una burbuja de aire.

Jo dejó de verme guapa, de tocarme; empezó a quedarse apoltronado por la noche delante de la Radiola comiendo los helados que le daban en la fábrica y después bebiendo 33 Export. Y yo me acostumbré a dormirme sola.

Una noche me despertó. Estaba duro. Estaba borracho y lloraba. Lo dejé penetrar en mí y aquella noche Nadège se coló en mi vientre y se sumergió en mis carnes y en mi tristeza. Cuando salió, ocho meses después, estaba azul. Su corazón estaba mudo. Pero tenía unas uñas de ensueño y unas pestañas larguísimas, y, aunque nunca vi el color de sus ojos, estoy segura de que era guapa.

El día que nació Nadège, que fue también el día que murió, Jo dejó de beber cerveza. Rompió un montón de cosas en la cocina. Gritó. Dijo que la vida era un asco, que la vida era una cabrona, una cabrona de mierda. Se golpeó el pecho, la frente y el corazón y se lio a puñetazos con las paredes. Dijo: la vida es demasiado corta. Es injusto. Hay que aprovecharla, hostia puta, porque el tiempo se nos acaba. Mi pequeña, añadió, refiriéndose a Nadège, mi niña, ¿dónde estás? ¿Dónde estás, chiquitina?

Román y Nadine, asustados, se metieron en su habitación, y aquel día Jo empezó a soñar con las cosas que hacen la vida más agradable y el dolor menos fuerte. Un televisor de pantalla plana. Un Porsche Cayenne. James Bond. Y una mujer guapa. Estaba triste.

A mí, mis padres me pusieron el nombre de Jocelyne.

Había una posibilidad entre millones de que me casara con un Jocelyn y me tocó. Jocelyn y Jocelyne. Martín y Martina. Luis y Luisa. Rafael y Rafaela. Paulino y Paulina. Miguel y Micaela. Una posibilidad entre millones.

Y me tocó a mí.